

Mili... ¡Milagro!

Sylvia Martín



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#Mili...¡Milagro!

Colección: Tombooktu Chicklit

www.chicklit.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Mili... ¡Milagro!

Autor: © Sylvia Martín

Copyright de la presente edición en legua castellana:

© 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-37-6

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-545-9

ISBN Digital: 978-84-9967-546-6

Fecha de publicación: Octubre 2013

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-22682-2013

Con todo mi cariño,
a mis hijos.

Cásate con un arqueólogo: cuanto más vieja te hagas,
más encantadora te encontrará.

Agatha Christie

Índice de asaltos

Primer asalto. Yo y mis circunstancias.....	13
Segundo asalto. Proposición indecente.....	27
Tercer asalto. La tentación vive... al lado	41
Cuarto asalto. Amistades peligrosas	49
Quinto asalto. Lo que el viento se llevó	53
Sexto asalto. Aterrizo como puedas.....	61
Séptimo asalto. Tacones lejanos.....	75
Octavo asalto. Ellos las prefieren rubias	87
Noveno asalto. Algo pasa con Mili.....	93
Décimo asalto. Algunos hombres buenos	103
Decimoprimer asalto. Sin perdón.....	107
Decimosegundo asalto. Encuentros en la tercera fase	119
Decimotercer asalto. Pretty woman	129
Decimocuarto asalto. Con faldas y a lo loco	135

Decimoquinto asalto. La misión	151
Decimosexto asalto. En busca de la felicidad	161
Decimoséptimo asalto. «Peor»... imposible.....	165
Y... ¡último asalto!. Destino final.....	177

Primer asalto

Yo y mi circunstancias

Se me estaba pasando el arroz. Aquella fue la conclusión que saqué, frente al espejo, tras un arduo examen de mis incipientes patas de gallo. Resulta curioso el hecho de que sólo soy capaz de hacer terapia frente al espejo. Puedo pasarme un cuarto de hora, mirando mi imagen, casi sin pestañear. Cualquiera podría pensar que soy una narcisista, pero no es eso. Vale, admito que NO me encuentro atractiva, aunque TAMPOCO precisamente guapa. Dejémoslo en que físicamente soy menos agraciada que el cero en el sorteo de Navidad.

Pero últimamente, digamos mis últimos treinta años, andaba un poco carente de halagos, de piropos, aunque proviniessen de los trabajadores de la obra que hace siglos comenzó delante de casa y casi podían considerarse como de la familia. Una vez estuve tentada de bajarles, para el almuerzo, un táper con una tortilla de patata.

El caso es que una ya está hasta los mismísimos de ver caras guapas y cuerpos diez anunciando remedios contra la celulitis.

«¿Dónde tienes tú la celulitis, guapa? ¿En el cerebelo...?».
Simplemente y en mayúsculas: NO ES JUSTO.

Me desperté de mi ensoñación por un extraño pitido, agudo, penetrante, procedente quizás de la cocina... ¡La cafetera! Corrí por el pasillo. Disponía de cinco minutos para desayunar,

ni uno más. Abrí la nevera. La cerré. Volví a abrirla. Ya la iba a volver a cerrar, pero algo me decía que esta estupidez no tenía ningún sentido. No había tiempo de tostadas untadas con mantequilla, y además, no me convenían en absoluto, por aquello de los kilos que acababa de encontrarme durante las vacaciones y que decidieron quedarse a vivir conmigo instalados en sendos michelines. ¡Malditos ocupas! Así que las sustituí por unos cereales bajos en colesterol (ni puñetera idea de cómo lo tengo) que llevaban en la despensa... ¡ni se sabe! No tenía tiempo para sandeces como la de observar la fecha de consumo preferente.

El café bien cargadito, si no corría el riesgo de dormirme durante el trayecto a la oficina. Suerte que, por primera vez, no había olvidado poner la alarma del despertador, después de mi mes de vacaciones. Porque un viejo despertador es como el desodorante: nunca te abandona.

A las ocho menos dos minutos, hacía mi entrada triunfal en la oficina. Saludé a Sole. Se levantó con el mismo ímpetu que de costumbre. Haciendo ondear su falda larga de gasa, vino hacia mí y me propinó dos efusivos besos, uno por mejilla.

Soledad Martínez. Divorciada, con un niño de unos siete años. Probablemente resignada a leer novelas románticas mientras imagina que un día llegará su príncipe azul... Yo casi estoy por decirle que mejor salga a la calle, a buscarlo, por si acaso ha perdido la dirección de su casa.

—Mili... ¿Qué tal las vacaciones? —pregunta corta y carente de originalidad. Absolutamente predecible en ella.

—Cortas... —Respuesta concisa. Absolutamente predecible en mí.

Giré sobre mis talones y me topé con nuestra particular «Barbie» de la oficina. Le llamamos así por dos motivos:

1. Se llama Bárbara.
2. Es rubia de bote, pelo largo y lentillas azules, a juego con su bolso diminuto y sus zapatitos de tacón.

Por cierto, en algunos momentos de debilidad, o mejor dicho de crisis de identidad, me planteé yo misma teñirme de rubio platino, pero entonces me di cuenta de la cruda

realidad: las gordas no debemos cometer esa estupidez, porque en lugar de convertirte en una tía buena, como las rubias flacas, te conviertes, con todas las de la ley, en una gorda vulgar y ordinaria.

—Deja que te vea... —Me obligó a girar sobre mí misma, para no perderse detalle—. Te han sentado bien las vacaciones..., ¿eh, Mili?

—Evidente..., ¿conoces a alguien en su sano juicio a quien le puedan sentar mal? —respondí sin querer detenerme a analizar su comentario, aunque lo hice, inconscientemente.

¿Qué había querido decir con eso de que «me habían sentado bien»? ¿Qué parecía más relajada...? ¿Qué el pantalón rojo me marcaba unas sospechosas arrugas en mi trasero? ¿Era un cumplido... o un insulto? Por si acaso y para vengarme de ella, no la avisé de que tenía un diente totalmente impregnado de carmín rojo.

—Lo mismo te digo, Barbie... —contesté sin temor a equivocarme—. Y... ¿qué tal por aquí? ¿Alguna novedad? —Desvié la mirada hacia el corcho, donde seguía el famoso *ranking* de ventas, objeto de algunas envidias profesionales. ¡Viva el compañerismo!

Ambas se sonrieron de un modo cómplice. Sole iba a decir algo, cuando apareció presurosa Loli, con esa mueca tan suya, y me preparé para lo que se avecinaba: me hundió entre sus brazos, a riesgo de asfixia, contra sus dos mullidos y portentosos cántaros.

—Ya te echaba de menos, Mili...

—Pues yo a vosotras, nada de nada. —Conseguí balbucear tras liberarme del apretón.

—Vamos, a nuestros puestos... —propuso Loli, volviendo a colocarse los auriculares, tras echar un vistazo al enorme reloj digital de la pared.

—¿Sigue apareciendo el Súper a las ocho y cuarto en punto?

—Por desgracia, tía, es súper-puntual... —me contestó resignada la Barbie, retirando, con un ademán muy chic, su melena.

Me dirigí a la silla giratoria, frente a la mesa y el maldito teléfono al que iba a pasar conectada cuatro horas, con un breve descanso de diez minutos, para fumarme un cigarrillo, o dos, a lo sumo, si eran rápidos.

Disponía de algunas ventajas, frente a mis compañeras, debido a mi veteranía en la empresa. Lo que se traducía en mayor espacio, mayores responsabilidades... e igual salario. ¡Una pena!

Esperaba que Barbie me siguiera, como de costumbre. La habían colocado a mi lado, por ser la última en entrar a trabajar. Se suponía que tenía que fijarse en mí para hacerlo bien. Y la verdad, aquellos primeros días, cuando no hacía otra cosa que observarme y coger apuntes, lo que no dejaba de parecerme una ridiculez, me ponía de los nervios y cometía muchos fallos que luego ella reproducía como un loro.

—Buenos días, ¿señor Lafuente? Mi nombre es Bárbara, de Ediciones Espiral S. A. Le informo de que, tras un proceso de selección, su número de teléfono ha resultado elegido para ofrecerle la maravillosa Enciclo-clopledia... —se atascaba con la palabra el noventa por ciento de las veces— de la Naturaleza, peronosoloeso, ademásderregaloleha correspondidoelmanualdel bricolaje, indispensablepara... —Aquí sus palabras se atropellaban unas con otras en un intento de «por favor, no me cuelgue y espere a que acabeeee».

Me pareció extraño no escuchar el repiqueteo de sus tacones. Barbie, desde el otro lado del pasillo, en esta ocasión, me miró, alzó las cejas... perfectas, todo hay que decirlo, me guiñó un ojo (luego supe por qué), siguió a Loli y se puso a su lado. Lo que me produjo una gran satisfacción: ¡iba a estar yo sola! ¡Genial!

Sé que puedo estar dando una imagen un poco... distorsionada de mí misma. No soy una mala compañera o antisocial, para nada. Lo que ocurre es que a las ocho de la mañana, el primer día de trabajo tras las vacaciones, no me sentía lo que se dice «pletórica», «optimista»...

Unos siete metros cuadrados de immaculado pladur blanco, puro y duro, y escasa ventilación te hacen sentir, a las

pocas horas, como José Luis López Vázquez en *La cabina*. Al lado del cartel de «no fumar» deberían poner otro con letras bien grandes: «Prohibido el acceso a personas que padezcan claustrofobia».

Cerré mi puerta y respiré hondo, viendo que todo estaba tal y como lo había dejado. En parte, reconfortaba saber que mis cosas seguían igual: mi mesa-pupitre de Pin y Pon, la silla antianatómica, el teléfono, esa amarillenta agenda, mi calendario de pared de Seguros Santa María y mi san Pancracio con el brazo pegado con Loctite...

La primera de mis tareas: arrancar de cuajo la hoja de mi mes de vacaciones: «adiós agosto del 2005». El dolor de ese gesto era directamente proporcional al de quitarte una banda de cera depilatoria caliente de las ingles.

Tras la separación de pared prefabricada de las dos zonas de trabajo, no se oía la monótona voz de Barbie, ni ninguna otra. Casi no me dio tiempo a preguntarme el porqué. Se abrió la puerta y apareció mi jefe, el Súper, con su sonrisa hipócrita de anuncio de dentífrico barato. Le llamábamos el Súper porque se trata de un tipo superfluo, superficial, se cree... súper-alto, súper-inteligente, en definitiva, superior, y, para colmo, antes de ser Súper trabajó como reponedor en un supermercado.

—Bienvenida al trabajo, ¿eh Mili? ¿Qué tal las vacaciones? ¿Eh?

—Muy bien...

—Hay una novedad en la empresa...—Apartó, sin ningún tipo de glamur, sus ciento treinta kilos de peso y su escaso metro sesenta de estatura, que ocupaban toda mi visión de la entrada, para dejarme totalmente inmóvil y pálida cual estatua de cera.

¡¡¡Dios mío!!! ¿Una alucinación? Tras aquel cúmulo de grasa hamburguesera, una aparición divina, un espejismo sin igual... ¡El más atractivo de los mortales! Bien pensado igual ni siquiera era mortal...

—Daniel..., ella es Milagros. —Le hubiera matado—. Bueno, Mili —rectificó a destiempo.

Yo me levanté por inercia, estirándome el jersey, supongo que para disimular mi cintura y mi cadera, mientras él se acercaba a cámara lenta.

Mi mente buscaba una explicación coherente... ¿Un partidador nuevo? ¿El mozo de almacén? ¿Un representante? ¿Qué hace aquí el chico del anuncio de la *coca-cola*?

Intenté mirarlo con naturalidad, sin babear demasiado, sin apenas percatarme de su ancha espalda, su piel bronceada, sus músculos perfectos, odio a los tíos demasiado cachas, su amplia sonrisa blanca, sus ojos claros..., a la vez que saqué pecho y aguanté la respiración estoicamente, para disimular los michelines.

—Encantado, Mili...

—Lo mismo... —Fui incapaz de terminar la frase, mientras me daba los dos..., ¡ay!, besos de rigor y me rozaba con su mejilla, recientemente masajeadas con un *after-shave* de los caros.

—Daniel es tu nuevo compañero —aclaró mi jefe. Me volví hacia él con un interrogante gigantesco dibujado en mi rostro, mejor dicho en mi entrecejo. Se podía leer en mayúsculas: ¿MI COMPAÑEROOOO?

—Lleva quince días, ¿eh? La dirección pensó que hacía falta una voz masculina, entre tantas féminas. Además Dani ha estado dos años en la competencia y tiene experiencia en... —carraspeó buscando la palabra adecuada, pero se arrepintió en último momento—, tiene mucha experiencia en esto.

Volví a mirar a aquel bombón, clavado al chico del anuncio de la *coca-cola*, con los labios de Noriega y ojos de Brad Pitt, que me sonreía de un modo encantador. Me dije que iba a ser mi primer año sin depresión posvacacional.

—Bien, y ahora a trabajar... que estamos perdiendo posibles ventas. Ánimo, Mili... No dejes que nadie te arrebate el primer puesto en el *ranking*...

«Sigue tan estúpido como de costumbre», pensé poniendo la mejor de mis sonrisas de buena chica. E inmediatamente me surgió una tremenda, descomunal duda existencial: ¿y ahora, con mi súper-compañero al lado, quién podía tener la osadía de sacar del bolso el consabido

ridículo plátano-parche para tapar el agujero del estómago de media mañana?

En cuanto mi jefe nos dejó a solas, Daniel lanzó la carpeta sobre la mesa. Yo permanecía de pie, frente a él, cruzada de brazos.

—Bueno... y ¿qué te parece esto? —pregunté por romper el hielo.

—No se cobra mucho, pero el horario es cómodo...

—Desde luego... Supongo que mis compañeras te habrán puesto al corriente de todo... —añadí cordialmente.

—Sí, ya me han dado toda clase de consejos... —dijo sonriendo. Asentí. Era evidente que a semejante bombón ya le habrían acosado.

—¿Has traído botella de agua? ¿Tienes caramelos o chicles? Si quieres... —Insegura, vacié el bolso delante de sus narices sobre mi mesa, mostrando además de un clínex arrugado y otras pertenencias poco glamurosas, mi amplio repertorio de chucherías—. ¿Regaliz, gominolas de osito? —A juzgar por su risa, encontró divertida mi última propuesta.

—Prefiero chupar pastillas de menta... Gracias —respondió desviando ligeramente la mirada hacia el calendario, momento que aproveché para, a riesgo de derretirme allí mismo, recoger dignamente los caramelos y sentarme, poniendo fin así a la presentación.

Me coloqué los auriculares, y antes de entregarme a mi trabajo, miré resignada hacia la pared que me separaba del chico anuncio de la *coca-cola* (y para colmo) con aliento fresco a menta. ¡Ahh! ¡Vaya sorpresa me tenían guardada!

Estaba sacando mi espejo del bolso, para intuir la impresión causada a mi compañero, pues tenía dudas sobre una pequeña sombra justo encima de mi labio superior, cuando sonó mi teléfono interior.

—Mili..., ¿qué te ha parecido la sorpresita? —preguntó a bocajarro Loli.

—Buff... —Suspiré como respuesta.

—Nuestra Barbie está como loca... —me confesó.

—Te creo...

—Ahora lleva tanto rímel que en algún parpadeo hacia Dani, se le van a quedar pegadas las pestañas, ya verás.

—Te dejo, Loli... A ver qué tal se me da el primer día después de vacaciones.

—Suerte, guapa.

Me aclaré la voz, y empecé con mis llamadas. Miré a san Pancracio y le dije en voz baja: «¿Vamos a llevarnos bien, verdad?».

Tras tres infructuosos intentos (pi-pi-pi), levanté la vista hacia el blanco, no, grisáceo techo. Me distraje pensando en cosas tan banales como que realmente le hacía falta una mano de pintura. Al menos desde hace tres años, no habían hecho nada para adecentar aquello. La verdad es que mi puesto de trabajo no era un lugar para enseñar con orgullo a las amistades.

La voz de Daniel me llegó entonces débilmente. Me deslicé con mi silla giratoria hacia la derecha y pegué mi oreja, literalmente, a la pared.

—...contiene más de mil quinientas fotografías a todo color, realizadas por el prestigioso Arthur Scott, pero, además, si me lo permite, y a pesar de que sólo nos está permitido ofrecer un solo regalo por domicilio, me comprometo, personalmente, a enviarle completamente gratis, un fabuloso set de masaje y belleza, con muestras de cremas. —Hizo una brevísima pausa—. Aunque a juzgar por su voz, usted parece muy joven... y seguro que aún no lo necesita... —Pausa estudiada y seductora en que la mujer parece aprovechar para decirle cosas como que ella no es tan joven—. De ningún modo, ¿treinta y cuatro, me dice? —Reanuda él la conversación—. Está demostrado que la edad mejor en la mujer está en la franja de treinta a cuarenta años, y yo comparto esa opinión... —Una risa jovial, pero discreta—. ¿Yo? Veintiséis. —De nuevo, una pausa y contestación—. No hay problema, me encantaría, haré lo posible por ser yo personalmente quien le lleve el pedido...

Me estaba quedando tan alucinada como la mujer de treinta y cuatro al otro lado del teléfono... y eso que ella no podía ver sus otros encantos, sólo escuchar su seductora voz. Me plantearía seriamente la posibilidad de hacerme cliente, si realmente se comprometía a traerme el pedido a casa.

En serio: después de dos años trabajando allí, me sentía, por primera vez, como una imbécil. Él sí sabía convencer. Decidí seguir su ejemplo. Si a él le daba resultado... ¿por qué a mí no? Se trataba de seducir, sin llegar a coquetear, por supuesto.

Pero había algo en contra: la maldita estadística. A esas horas de la mañana, o saltaba el contestador, o tenías un ochenta por ciento de probabilidades de que contestase una mujer de avanzada edad. Hasta para eso, tenían más suerte ellos. No me quedaba otra que lanzarme con esta nueva táctica a la hora de la comida.

Después de dos horas y más de cuarenta llamadas, ojeé mi libreta, tampoco se me estaba dando tan mal la mañana: por el momento había conseguido apuntarme tres tantos. Uno de ellos era un pedido importante, lo que equivalía a más puntos, más reconocimiento y... lo más práctico: más comisión.

Nadie, incluido el Súper, se explicaba cómo lo conseguía. «¡Nada, hija, que tú has nacido para esto!» comentaba en ocasiones. Me costaba trabajo creer que alguien tuviese desde niña la vocación de operadora telefónica en editorial de escaso y dudoso prestigio. Pensé en mi madre por un momento. Me visualicé como la niña pecosa, pelirroja, con mis dos coletas... y unos diez años diciéndole: «Mamá, ya no quiero ser artista, ni profesora, ni enfermera. ¡¡¡Mi vocación es vender libros por teléfono en un zulo de siete metros!!!». Y ella, con su infinita paciencia y, cómo no, con lágrimas de emoción, con esa voz conmovedora se enorgullecería: «Esta es mi hija, sabía, Mili..., que tú... llegarías lejos».

Volví de nuevo a la realidad, con una amarga sonrisa y un pensamiento divertido: cualquier día de estos me dedico a hacer monólogos. «De nuevo, mamá... ¡Quiero ser artista! ¡Y esta vez... quiero ser cómica!».

Desde el momento en que mi progenitora empezó, hacía dos años, a tener pequeños fallos en sus hábitos cotidianos, como no quitarse las zapatillas de casa para salir a la calle, o bajar tres veces en un intervalo de dos horas a comprar una barra de pan... supe que algo no iba bien. Por eso, prefiero recordarla en mi época infantil-juvenil, cuando realmente era ella. Yo también hago mi propia terapia cada dos días, cuando vuelvo de visitarla del centro de la tercera edad, recojo esos pequeños retazos de lucidez para hacerme un puzle a mi medida.

En estos pensamientos estaba cuando sonó el teléfono de Daniel. Me sorprendió el sonido del timbre, porque no parecía una llamada interior, las únicas que nos estaban permitidas: entre compañeros. Lógicamente, el Súper no iba a permitir que llamásemos a nuestras madres, suegras, amigas, al chico de la Telepizza, al novio quien lo tuviera... a costa de la empresa.

Así que, presa de una sana curiosidad, me mantuve alerta. Al principio, no escuchaba nada. Seguramente, se habrían equivocado. Empezaba a pasar los datos de mis pedidos cuando percibí un susurro al otro lado y acerqué la silla hasta juntar mi cara con el tabique.

—...Vamos, preciosa, sé que me estás escuchando... —Al escuchar aquello, casi me caigo de la silla.

¿Cómo podía ser posible que me hubiese descubierto espionando con la pared por medio? Aturdida, intentaba buscar una justificación a esas palabras. ¿Y si no hablaba conmigo?

Me considero una persona bastante obcecada cuando me empeño en algo, y ahora, no iba a ser menos: tenía que descubrirlo. Me acerqué muy lentamente, desconfiando incluso de las propiedades del material de pladur que nos habían instalado.

—No seas tímida..., si sé que te gusto... —insinuó de un modo que me temblaron las piernas.

¿Qué estaba pasando? ¿Me habrían instalado alguna cámara de vigilancia? ¡Ah, ya...! ¡Eso era! De un momento a

otro, aparecería por la puerta la presentadora de uno de esos programas sorpresa, con un ramo de flores, gritando: «¡Mili, querida... Esto es... una broma de tus compañeros, bienvenida a Cámara Oculta...!» Pero no. Ni rastro de ella, ni de las flores...

Miré a la pared con curiosidad y tuve la certeza de que por más que quisiera concentrarme en lo mío, me iba a resultar imposible. Me conozco. Traté de convencerme de que mi trabajo era más importante que lo que ocurría, fuese lo que fuese, al otro lado del tabique. Así que volví a abrir mi agenda y justo cuando me disponía a continuar, por segunda vez, escuché un desconcertante jadeo al otro lado.

Totalmente estupefacta... moví de nuevo la silla. Tal era mi grado de concentración, que olvidé coger aire, a riesgo de morir asfixiada, esperando algo más...

—Eres tan sensual... que me vuelves loco... —De nuevo su respiración se aceleraba por momentos y la mía también. ¿Pero de qué iba...?

Con el corazón acelerado, lo único que se me ocurrió pensar es que estaba... bueno, haciendo algo prohibitivo. A mí jamás, que yo recordase y doy fe de que me acordaría, me habían dicho algo parecido y en ese tono.

Faltaban dos minutos para el descanso obligatorio. Antes decidí distraerme como fuese y empecé a calcular mi comisión, en voz alta, pero aquellos jadeos de Daniel, que iban *in crescendo*, me estaban sacando de mis casillas. Me tapé los oídos con las manos, entonando los cálculos del diez por ciento de cada cantidad. Como para hacer números... estaba yo.

No podía ser que un tipo como él estuviera tan necesitado. ¡Imposible! Aquello no era racional ni lógico... ¿qué podía hacer? Me lo planteé como uno de esos estúpidos test de las revistas femeninas.

- a) ¿Escuchar y disfrutar?
- b) ¿Levantarme y chivarme al jefe?
- c) ¿Entrar en su cabina (siempre la llamábamos así aunque no lo era exactamente) y lanzarme en sus brazos, con un ataque febril, tras esas insinuaciones?
- d) No decir ni hacer nada.

Respuesta a señalar en mi caso: la d), claro. Un poco de compasión, me dije: yo llevaba tres años, dos meses, cinco días y cuarenta y ocho horas sin nada de... ¿cómo se llamaba aquello: se... sex-...?

Desde aquel fugaz rollito de primavera en una discoteca, con un tipo algo miope y un poco beodo, me mantenía a dieta, y no hipocalórica precisamente, y lo más parecido que cataba, casi a diario, eran los consabidos plátanos de media mañana, por eso del fósforo y las vitaminas.

Un discreto timbre me dio la respuesta: ¡tiempo muerto! El descanso. ¡Gracias a Dios! Salí disparada como una flecha, sin mirar hacia atrás. Me daría un corte tremendo si le notaba algo extraño... no sé.

Nos separaba un pasillo estrecho del lugar de «descanso» obligado: una especie de recibidor-salita, con dos máquinas de café y bebidas, al fondo. Tres sillas desvencijadas, al lado de una pequeña mesa con revistas pasadas de fecha y una lámpara anticuada colgando del techo conformaban el sencillo, a la par que horrendo, mobiliario de la sala.

Loli desenfundó antes que yo su pitillera. Me sonrió de un modo cómplice, mientras se acercaban Barbie, Sole, Ana... Carla se había ido al lavabo.

—¡Qué suerte para tu primer día...!

—Una sorpresa muy agradable, desde luego. —Intenté aparentar poco entusiasmo.

—Si prefieres estar al lado de Loli... yo estaría superencantada de la vida de hacer un *change*, un cambio, o sea... —propuso Barbie, con picardía.

—Seguro... —le contesté—, pero de momento no..., me gusta mi sitio.

Loli arqueó las cejas para avisarnos de que él se acercaba. Parecía que, de pronto, la película hubiese variado de revoluciones. Todos sus movimientos mientras se aproximaba al grupo eran a cámara lenta y juraría que le habían puesto de fondo, la música del anuncio de la *coca-cola*.

Se incorporó al círculo, de pie, apoyándose en la máquina de café, con una mano. Todas reprimimos un suspiro. Algunas

hicimos lo posible para desviar nuestra atención hacia otro punto.

Barbie se hinchó como un pavo, se apartó la melena. Loli le mostró la mejor de sus sonrisas. Carla, para sorpresa de todas, volvió con los labios pintados y las mejillas sonrosadas. Y Sole, cohibida, se miraba la punta de los zapatos.

—¿Quiere alguien otro café...? —preguntó Dani, cortésmente, sacando unas monedas del bolsillo.

Ninguna aceptó. Se produjo un silencio que yo me encargué de romper.

—¿Qué tal lo llevas, Daniel? —La mayoría ya le llamaban así, pero para mí era pronto todavía.

—No me puedo quejar... Ya tengo dos a punto... ¿Y tú?

—¿Mili? Ella es tremenda... No sé cómo lo hace pero tiene un poder de convicción... —se anticipó Loli.

—Seguro que ya llevas tres o cuatro pedidos... —añadió Ana, la más joven y sin lugar a dudas, la más envidiosa.

Me limité a asentir, tranquila, sonriente, mientras observaba, como el resto de las chicas, al chico anuncio *coca-cola* llevándose el vasito de plástico a los labios. Por fin, un suspiro escapó y quedó flotando en el ambiente.